Palabra NUEVA

ARQUIDIOCESIS DE LA HABANA | AÑO II | NUMERO 16 | AGOSTO 1993

"HE VENIDO A ESCUCHAR A LOS JOVENES".

Juan Pablo II participa en la VIII Jornada Mundial de la Juventud en Denver, Colorado.

entrevista

"En la formación de la memoria comunitaria del pueblo cubano no se puede prescindir de la Iglesia."

Mons. Carlos Manuel de Céspedes

"Las tensiones nunca han desaparecido del todo, pero no son ya del calor que tuvieron en los años sesenta". (pág. 7)

Además en este número:

"Vale Todo", un comentario.....pág. 3

Apostillas: "Azahares para la Sabrosona".....pág. 4

Mentiras.....pág. 6

VIII Jornada Mundial de la Juventud

Después de haber visitado Jamaica, por vez primera, y México, por tercera ocasión, el Papa Juan Pablo II arribó en horas de la tarde del pasado jueves 12 de agosto a la ciudad norteamericana de Denver, en el estado de Colorado.

A las 2:35 p.m., el avión de Alitalia aterrizó en el aeropuerto de Stapleton, donde esperaban al Papa el Presidente de los Estados Unidos, Bill Clinton, su esposa y su hija, funcionarios del Gabinete y del estado de Colorado, así como un nutrido grupo de Obispos norteamericanos, miembros de la Curia Romana y una representación del total de 170 mil jóvenes que, procedentes de más de setenta países acudieron a esa ciudad, convocados por Juan Pablo II para celebrar la VIII Jornada Mundial de la Juventud, que concluyó el domingo 15, y tuvo como lema central: **"He venido para que tengan vida y la tengan en abundancia."(Jn 10,10).**

Cuba estuvo representada en esta ocasión por dos jóvenes, Aleida María Geada García y Enrique de Jesús Rodríguez Pino, de las Diócesis de Pinar del Río y Camagüey respectivamente, quienes fueron acompañados por Mons. Carlos Baladrón, Obispo Auxiliar de La Habana, y el Padre Ramón Suárez Polcari.

En sus palabras de bienvenida al Santo Padre, el Presidente Clinton expresó: *"Todos los norteamericanos se sienten agradecidos a Ud., por su liderazgo moral."* Más adelante, el Presidente elogió la actitud del Papa con relación a importantes sucesos a nivel mundial, agregando que los norteamericaanos conocían de esa actitud en defensa, dijo, *"de la paz y la justicia entre las naciones y los pueblos"*, agregando a continuación que el Papa representaba *"una voz que pide el fin del odio y el hambre, (que) ha recordado a las personas bendecidas por la abundancia que deben ofrecer consuelo a los pobres y a los desposeídos. Su presencia aquí, es bienvenida."*

Por su parte el Papa, agradeció las palabras de Bill Clinton, explicando seguidamente el por qué de aquella celebración y su tema central para la reflexión, la vida, y lo que ello significaba para un país joven, como Estados Unidos. *"Un país que es todavía joven* -dijo el Papa-, *según las normas históricas, está recibiendo como anfitrión a jóvenes provenientes de todo el mundo, para emprender una reflexión seria sobre el tema de la vida. La vida humana, don maravilloso de Dios que nos ha sido dado a cada uno de nosotros por medio de Jesucristo, Nuestro Señor, vida que El confiere a cada uno de los hombres."*

Bajo una persistente llovizna, guarnecidos ambos dignatarios por sendos paraguas y de frente a un grupo de jóvenes que interrumpía a ratos con aplausos y aclamaciones de alegría, el Papa se refirió a la situación actual de los jóvenes, quienes sufren, dijo, *"demasiados problemas, por la naturaleza de las calamidades que han vivido: las hambrunas, las epidemias, las crisis sociales y políticas, las atrocidades de las guerras. Y en aquellos lugares en que las condiciones materiales son suficientes* -continuó diciendo- *hay otros obstáculos; y el*

"He venido para que tengan vida y la tengan en abundancia."

hecho de que las familias y la estabilidad familiar se hayan desintegrado, no es el mayor de estos males. En los países desarrollados, se han suscitado crisis morales muy serias, que ya afectan la vida de muchos jóvenes, los está dejando a la deriva, con frecuencia sin esperanza, y condicionados a buscar, únicamente, su gratificación espontánea. Sin embargo -agregó- *en todas partes hay jóvenes, hombres y mujeres, preocupados por el mundo que los rodea, listos para dar lo mejor de sí mismos en servicio de los demás, sensibles al significado trascendental de la vida"*, y para ellos, reclamó el Papa la atención de todos aquellos que gobiernan.

A continuación, Juan Pablo II, haciendo uso del liderazgo moral que antes el Presidente le había recordado, se refirió a aspectos que pudieran interpretarse más vinculados con la realidad norteamericana, específicamente el aborto - si bien no mencionó esta palabra-, recientemente aprobado por la administración demócrata de William Clinton.

"El respeto propio y el ajeno sobreviven, únicamente, si se transmiten en el seno de las familias, las escuelas y a través de los medios de comunicación", expresó el Papa, quien seguidamente reconoció los postulados de la Declaración de Independencia, los cuales, expresó, han sido promulgados para salvar las vidas, entre otros, de seres indefensos, a lo que añadió *"entonces América, defiende la vida."*

Concluída la ceremonia de bienvenida, ambos dignatarios partieron en helicópteros separados, para reunirse en la Universidad Regis durante cuarenta y cinco minutos.

A la caída de la tarde, el Papa se presentó en el estadium "Miles High", donde una multitud de aproximadamente 80 mil jóvenes le aguardaban desde horas antes. El domingo, horas antes de partir, Juan Pablo II celebró la Eucaristía a cielo abierto en el Parque Estatal "Cherry Creek", comunicó palabras de aliento y esperanza a cerca de 400 mil asistentes, y se anunció la próxima cita para la IX Jornada Mundial de la Juventud: Filipinas, enero de 1995./ Orlando Márquez.

A falta de pan...VALE TODO.

por: Isabel M. Estrada

Una novela termina, otra comienza y pese a ser esencialmente iguales, volverá a atraparnos en sus redes y a provocarnos la ilusión de descubrimiento. Desde luego, no otro objetivo persiguen sus productores y promotores quienes se embolsan millones en cada hora que nosotros dejamos pasar frente al televisor. Mas, no solo los profesionales de la televisión salen ganando... de eso hablaremos después.

¿Qué mensaje nos brindan esas telenovelas?

Las Ciencias de la Comunicación han demostrado que ningún público es absolutamente pasivo, pues aunque la comunicación establecida no permita un intercambio participativo, tampoco las personas reciben los contenidos y los asimilan literalmente, ni estos contenidos ocasionan los mismos efectos que se propuso el emisor (en este caso el productor de la telenovela), ni son igualmente codificados por todos los individuos.

La realidad es que cada persona, en dependencia de sus propias circunstancias de vida y de los valores y concepciones que se ha formado, re-significa y re-codifica los mensajes que llegan a ella; esto ocurre no sólo con las telenovelas sino con cualquier producto de las industrias culturales, de la cultura de masas o de la alta cultura. Para los estudiosos de la comunicación sigue siendo una incógnita desentrañar qué hace la gente con lo que ve y escucha.

No obstante esta recodificación de los mensajes no resulta un proceso anárquico, sino que cuenta con elementos comunes puesto que las circunstancias de vida de los integrantes de cada clase y grupo social son las mismas, aunque en el plano individual persistan lógicas diferencias. Encaminados a borrar las diferencias van los prefabricados de la cultura de masas que, como bien se ha dicho, es "cultura *para* masas".

Para facilitar el proceso de producción, tener más dominio sobre los códigos y lograr que sean cada vez más esquemáticos de modo que funcionen con éxito eternamente, los productores requieren homogenizar los gustos y barrer con las distinciones: es decir masificar. Es curioso que al margen de las diversidades culturales milenarias, una telenovela sea tan bien acogida en China y Brasil, o en Cuba y en Polonia; en la misma medida que lo son las ropas y los zapatos, una moda tristemente universal y carente de originalidad: todos en el mundo nos vestimos igual y disfrutamos de las mismas telenovelas.

Este fenómeno pertenece a lo que se ha llamado una cultura extraterritorial muy basada en los medios de comunicación, que disloca los ejes que marcan las fronteras entre una y otra cultura y que no es un fenómeno negativo en su esencia -y si lo es, con creer que no existe no resolveremos el problema-, sino que resulta dañino sólo en la medida en que niegue los valores culturales de las naciones y culturas territoriales.

¿Vale todo?

La telenovela que concluyó demostró que su título es válido. Al final todos resultan felices, pues por cualquier camino se llega a Roma, es decir, al dinero portador de la felicidad. En este mundo torcido "triunfan" los "malos" con demasiada frecuencia, pero esta novela es la prueba de que pueden triunfar los "buenos". Vale todo.

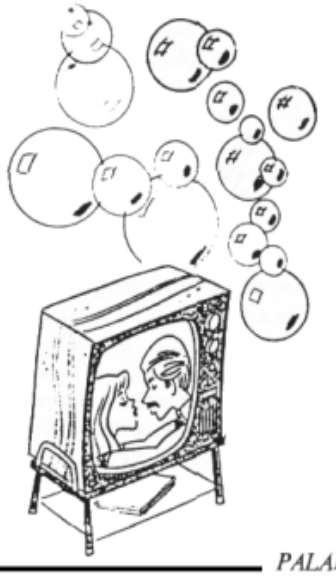
Una vendedora de emparedados llega a millonaria limpiamente y con el sudor de su frente; un santo ambicioso que hace algunas triquiñuelas inocentes, después de pagarlas con un año de cárcel, publica un best-seller y compra una casa frente al mar (así como cualquier buen brasileño) para su princesa azul; por su parte, a Doña Fátima, después de un ensayo fallido en ese duro trabajo (que sería el sueño dorado de millones de brasileñas) y algunas acciones nobles que la redimen, le cae una corona de millones en la cabeza (pobres votantes italianos traicionados en sus prejuicios por un príncipe que cuida sus apariencias).

El egoísmo es el signo de esa novela, donde la buena de Celina es capaz de dejar que su amado sobrino se case con una arpía, por el temor de que Odette armara una gran mentira que la separara a ella de su Alfonso y su Elenita. ¡Vaya amores que matan! Si así actúan los personajes positivos...

Los poderosos saben bien que la vida es diferente, pero es bueno hacerles creer a las masas de pobres que no han triunfado por su vagancia e ineptitud. Para conservar el poder también vale todo. Y otra cosa... la tranquilidad en las fabelas bien vale una telenovela.

Así mismo, nosotros olvidábamos los pesares de cada noche, mientras soñábamos que quizás la suerte nos sonreiría como a Lucimar (hasta su nombre es un sueño: Luz y mar). Y ya no nos preocupaba tanto que se hubiese ido la electricidad, si regresaba justo a las 9:30 p.m. No en balde se reestructuró toda la programación televisiva de forma que la sedante telenovela no nos faltara.

Por eso anunciaba que no sólo los profesionales de la televisión salen ganando, la gente en todas las fabelas del mundo sueña con su triunfo mientras se divierte y olvida las penas que pasó hoy y que pasará mañana. Ya lo dijo el estadista romano: al pueblo, pan y circo. Y a falta de pan... Vale todo.



por: Mons. Carlos M. de Céspedes

AZAHARES PARA LA SABROSONA. (El recuento de un vecino)

"Les aseguro que los que cobran impuesto
para Roma y las prostitutas entrarán antes
que ustedes en el Reino de los Cielos."
(Mat.21,31b)

Paso las horas de mi vida muerta
esperando a una amada que no llega.
¿Habrá muerto ya la muerte?
¿Alguien la mantendrá aún atada?
¿Y que yo, esperanza fallida, no lo sepa?
(17 de julio de 1993)

Todos en el barrio la conocimos como "la Sabrosona". Hubo algunos que nunca supieron que se llamaba Caridad. Bella, lo que se dice "bella", no lo era, pero a su paso había que mirarla; detenía el tráfico con su melenaza amplia, negra y rebelde, la mirada en giro, los labios entreabiertos en una sonrisa siempre equívoca -¿insinuante?- y aquel andar de tigresa en celo y siempre al acecho. Desde su juventud en flor había vivido en aquel piso pequeño, con balcón amplio sobre la calle, transitada por citadinos de diversa edad y pinta, en aquella zona muy popular...pero que muy popular! Las casonas espléndidas de antaño son ahora casas de vecindad...¡ Qué casas de vecindad: solares de mala muerte; oscuros, roñosos, semiderruídos y con muy poca agua -y menos limpieza- en unos baños comunes para el hormiguero que los habita!

Nadie sabía quien era ni de qué vivía Caridad, la Sabrosona.

Se decía que era bailarina en un cabaret o night-club de tercera, pero verla, lo que se dice "verla", nadie del barrio la había visto en semejante centro de trabajo. Los solariegos de la zona no frecuentábamos esos lugares. Eramos gente de bar y de parque, no de cabaret o night-club. Quizás fuera cierto eso del baile o quizás todo fuera parte de la mitología popular que la envolvía. Lo cierto sin discusión eran su andar provocador, su cuerpazo apetecible y sus bailes - en bikini- en la sala de su apartamento, con las puertas y ventanas del balcón bien abiertas, a toda visibilidad y con cualquier música; bastaba que ésta fuese lo suficientemente voluminosa como para que en cincuenta metros a la redonda todos supiéramos que la sesión del día comenzaba. No había hora fija. El baile podía iniciarse en cualquier momento entre las ocho de la mañana y las seis de tarde. Por las noches, si la Sabrosona no salía, era porque la Sabrosona recibía visitas y las aberturas del balcón permanecían cerradas.

Nadie conocía tampoco su historia personal. Corrían rumores de que era hija de un marinero español que preñó a su madre, una mulata sandunguera (¡De casta le viene al galgo y de tal palo, tal astilla!). La Sabrosona salió adelantada: los genes españoles blanquearon la sandunga, pero de que había mulatería en ella, no nos cabe la menor duda: el pelo electrizado, los labios carnosos y la nariz amplia la delataban. Amen de la salsa y la temperatura. Se decía que nunca conoció al padre español; que la madre había muerto joven (otro hombre la cosió a puñaladas por un problema de celos y de reyerta entre hombres) y que la había criado una vieja solterona, amiga de su madre, a quien

Caridad cuidó después, con gratitud, hasta su muerte. Ocurrida ésta, habría empezado la carrera capitalina de la Sabrosona.

¿Tuvo algún marido fijo Caridad? No se le conocía. En esa casa entraban hombres y nunca se sabía a qué hora se iban, pues también era cierto que, por la mañana , cuando la despampanante mujer abría puertas y ventanas, regaba los tiestos de flores, sacaba al sol las jaulas de periquitos y de canarios, limpiaba la casa y salía a hacer las compras del día, ya en el piso no había nadie más que ella.

Caminaba por las calles adoquinadas envuelta en pantalones y pull-overs inverosímilmente ajustados. Todos los que la veíamos pasar -es decir, todos los y las habitantes del barrio- esperábamos el día en el que las carnes abundantosas, curvilíneas (barrocas y sensuales, como la ciudad que había adoptado), acabarían por hacer saltar las costuras. Más de uno ansiaba el momento de poder contemplarla en ese instante, ausente ya la protección breve de las bikinis usadas durante las diarias sesiones semipúblicas de baile casero.

en esta Ciudad o conglomerado de aldeas, todo se sabe; nada puede permanecer oculto, ni lo bueno, ni lo malo.

Caridad la Sabrosona era, sin embargo, paradójica o contradictoria. ¿Cómo conjugar su talante, sus danzas y las misteriosas visitas masculinas con su presencia frecuente en las iglesias de la zona? Las visitaba todas y tenía buenas relaciones con los sacerdotes. Para ir al templo sabía usar la ropa apropiada: vestía entonces como la más devota "Hija de María" o "Terciaria Franciscana". Bordaba primorosamente y regalaba manteles de altar a las iglesias del barrio. El rostro se le iluminaba cuando alguien comentaba la belleza de un mantel nuevo que, de repente, aparecía en una fiesta patronal (no se perdía una). Intercambiaba entonces miradas inteligentes con los sacerdotes y los sacristanes que conocían el origen de la pieza admirada (nosotros, los vecinos, lo hemos sabido después). Encargaba Misas por "intenciones particulares" o "en acción de gracias a la Virgen de la Caridad del Cobre". Además, poco a poco se fue sabiendo -en esta Ciudad o conglomerado de aldeas, todo se sabe; nada puede permanecer oculto, ni lo bueno, ni lo malo- que la Sabrosona se ocupaba personalmente de más de una decena de ancianitos y ancianitas, solitarios y pobres: los bañaba, limpiaba sus casas, les cocinaba, les hacía los mandados, los llevaba al médico o, sencillamente, los visitaba y conversaba largos ratos un día con uno y otro día con otro.

Con ese ritmo y ese halo fueron corriendo los años y la Sabrosona llegó a ser un elemento insustituible en el paisaje tan especial de aquella parte de la Ciudad, la nuestra. Un buen día, los vecinos empezamos a comentar que ya no había sesiones de baile en la sala de la Sabrosona. ¿Cuándo cesaron? Nadie lo recordaba con exactitud. Simplemente, un día nos dimos cuenta de que Caridad ya no bailaba. Otro día, en la cola de la bodega alguien hizo la observación mientras ella pasaba por la acera de enfrente: *"Caballeros, ¿se han fijado que desmejorada está Caridad? Los años le han caído encima todos juntos... Verdad es que la edad no perdona a nadie"*. ¿Cuándo empezaron el adelgazamiento, las arrugas, el color extraño -como el del papel del cartucho- y los pasos más lentos, sin sacar chispas del asfalto y de los adoquines? ¿Cuándo se esfumó el contorno de las caderas salomónicas? Tampoco se podía fijar una fecha exacta, pero lo cierto era que el físico de la otrora Sabrosona, ya no era tan sabrosón; ya se había convertido en una guayabita criolla, pasada de tiempo, en la que los gusanos empiezan a buscar morada...y la encuentran.

Caridad desapareció durante varias semanas. Nadie sabía. ¡Siempre el silencio y el misterio en torno a su vida! Cuando regresó al barrio, los curas y los sacristanes sí supieron (¡siempre saben estas cosas!): Caridad estaba siendo devorada, literalmente devorada, por un cáncer galopante en el vientre. Ya no sólo iba a las iglesias; ahora frecuentaba los sacramentos, es decir, confesaba y comulgaba, pero la atención a los viejecitos y los manteles bordados se fueron apagando con ella, como se habían apagado los bailes, el contoneo y las visitas innominadas de los hombres desconocidos. Poco a poco, sus salidas se fueron haciendo menos frecuentes y llegó el momento en el que sus amigas de las iglesias vecinas comenzaron a atenderla en su casa, ahora muy tranquila. Eran estas amigas las que sacaban los pajaritos al sol y regaban los tiestos de flores, pero la casa se fue convirtiendo en una realidad penumbrosa, de susurros, casi silente. Dicen que cuando el malestar se lo permitía, leía la Biblia y rezaba el rosario. ¡Caridad aferrada a la Biblia y al Rosario! Cuentan también que, durante los últimos días de su vida, cayó en un mutismo consciente. Ya para entonces era una guayabita reseca y consumida, casi una pasa, en la que sólo brillaban sus ojos negrísimos. ¿Hacia dónde miraban? Todos coinciden en que se dirigían hacia algún punto más allá de las personas y de las cosas... Un día se apagó su presencia entre nosotros para encenderse, sin dudas, en ese punto azul, trascendente, hacia el que, probablemente, sus ojos miraron siempre, aunque no nos habíamos dado cuenta hasta el instante final, porque los ojos nuestros, excesivamente golosos, detenían su flechazo en el cuerpazo de la "diosa" caribeña, en su corteza más externa. Nunca antes llegamos a la médula, ni a la semilla, ni -¡mucho menos!- percibimos el perfume de la flor.

MENTIRAS

por: Juan José Rodríguez

"El tiempo revelará lo que la disfrazada astucia esconde"
(Shakespeare, Rey Lear, Acto I, Escena I)

Una sencilla reflexión sobre algunas de las condiciones que hacen posible la existencia de la mentira, podría comenzarse considerando el diverso significado que se puede dar a las palabras. Aunque se puede mentir de muchas formas: con las acciones, la gestualidad corporal o incluso con el silencio, son sobre todo las palabras, el vehículo principal de que se sirve la intención de engañar.

Como bien sabe quien haya intentado en alguna ocasión definir algún concepto, no hay nada más ambiguo que una palabra: a medida que se pretende profundizar o precisar, comienzan a aparecer matices no previstos, ángulos insospechados, y lo que parecíamos tener bien asido, se nos desliza entre las manos dejándonos perplejos. Como decía alguien, una idea puede morir "de muerte infligida por infinitas matizaciones."

Hay mentiras groseras, rotundas, poco imaginativas, pero hay mentiras -quizás las más peligrosas- que se sustentan en esa desesperante pluripotencialidad significativa de las palabras, de la que los sofistas griegos -y de todas las latitudes- se han sabido servir tan bien durante siglos. No es de extrañar, por otra parte, que cuando haya ambigüedad, haya también la tentación por parte de quien ejerce una autoridad, ya sea con o sin la manifiesta intención de engañar, de imponer su versión. En *A través del Espejo*, Lewis Carroll relata un diálogo entre Humpty Dumpty y Alicia:

"-Pero 'gloria' no significa 'una argumentación incontestable' -objetó Alicia.

-Cuando yo uso una palabra -dijo Humpty Dumpty en un tono más bien desdeñoso- ella significa exactamente lo que yo quiero que signifique, ni más, ni menos.

-La cuestión es -dijo Alicia- si uno puede hacer que las palabras signifiquen tantas cosas diferentes.

-La cuestión es -dijo Humpty Dumpty- quien es el que manda. Eso es todo."

Otra condición que posibilita la existencia de la mentira -aparte de la más importante, que es indudablemente la fibra moral del mentiroso- son las características psicológicas de las personas implicadas en la relación. Hay personas que, en diverso grado, tienen la compulsión de mentir. No son capaces de distinguir de modo claro entre la realidad y sus fantasías, que a veces llegan a creerse realmente. Pero no sólo hay engañadores patológicos, hay también engañados patológicos. Es bien conocida en psiquiatría la llamada *folie à deux* -locura entre dos (aunque se dice entre dos, el número de sujetos involucrados puede ser mayor)- donde una persona mentalmente enajenada, convence a otra -generalmente el cónyuge u otros familiares que conviven en condiciones de relativo aislamiento- de la verdad de sus deliriros, la que se convierte entonces en una especie de cómplice para los reclamos del primero. Es como una habituación o condicionamiento, producto del cual las cosas más inverosímiles, llegan a parecer plausibles. Quien piense que esto es una exageración, que recuerde el trágico suicidio colectivo de los seguidores de Jim Jones en Guyana en 1978. Retomemos la ya aludida obra de Carroll:

"...tu no has tenido mucha práctica -dijo la Reina."

"-Eso no me lo puedo creer- dijo Alicia.

¿No puedes? -dijo la Reina en un tono lastimoso-, prueba otra vez; toma una larga inspiración y cierra los ojos.

Alicia se rió. -No vale la pena -dijo- uno no puede creerse cosas imposibles.

-Yo diría que es que tú no has tenido mucha práctica -dijo la Reina-, cuando yo tenía tu edad lo hacía durante media hora al día. ¡Caramba!, a veces me había creído hasta seis cosas imposibles antes del desayuno."

Yo diría que creerse cosas imposibles no es tan difícil, siempre y cuando uno quiera creerlas. No hay nada más fácil que engañar a una persona que quiere ser engañada, como es, por ejemplo, el caso de un enfermo al que se le miente sobre la gravedad de su estado.

De todos los engaños posibles, no hay dudas que el más trágico -y quizás el más común-, sea aquél en que engañado y engañador coinciden en la misma persona: el autoengaño; y digo trágico pues, independientemente de la calificación moral que merece, al igual que ocurre con toda mentira - por mucho que se intente lo contrario - siempre llega el día en que todo se torna evidente, y entonces el cobro se hace por partida doble.

Creo que fue pensando en ello que el filósofo español Julián Marías hizo esta especie de oración inspirada en la liturgia de la Misa: **"Nada está claro hasta el final. El presente reobra sobre el pasado y puede "verificarlo" o "falsificarlo". Líbranos, Señor, de todos los males pasados, presentes y futuros... Líbranos, Señor, habría que decir, de que el pasado se nos falsifique, de que la vida ya vivida, se nos vuelva inauténtica".**

Hay algo que los hombres no deben olvidar: la memoria, eso que los hace ser porque otros han sido antes.

En la misma medida, la Iglesia, que vive en el tiempo, es conservadora de las raíces evangélicas transmitidas a los hombres, lo cual la convierte también en preservadora de la memoria de esos pueblos.

Conversar con Mons. Carlos Manuel de Céspedes -conocedor de la historia nacional y eclesial- sobre la historia de la Iglesia en Cuba, es algo más que conocer los orígenes del cristianismo en nuestro país, es adentrarnos en el tiempo para ver lo que esa presencia ha significado, es acercarnos a la obra de los Obispos del período colonial, indagar sobre el éxodo del Presbítero Varela, ampliar nuestra visión sobre la devoción a la Virgen de la Caridad, escuchar algo sobre el laicado cubano en la primera mitad de este siglo, des-cubrir los trágicos sucesos de los años iniciales de la Revolución y sus consecuencias actuales para la Iglesia. Es, en fin, conocer lo que fuimos antes en cada uno de aquellos que han dado testimonio de Cristo como cubanos, en esta Isla y fuera de ella, desde hace 500 años.

Esa ha sido la intención, principalmente por aquellos que comienzan a asistir a los templos católicos; y para todos los que frecuentamos desde antes la Iglesia, de manera que no olvidemos nuestra esencia en el tiempo, una esencia que ha sido preservada por

Nuestra Iglesia

Orlando Márquez

PALABRA NUEVA- *Su nombre enuncia una estrecha relación con la historia de Cuba, el apellido de Céspedes es bien conocido por todos. ¿Quisiera Ud. comentar esto?*

MONS. CARLOS M. de CESPEDES- El tronco de la familia de Céspedes más conocido en Cuba es el de Carlos Manuel de Céspedes, el "Padre de la Patria", que es mi tatarabuelo, bayamés de nacimiento y muy asociado a la historia de esa ciudad. Un hijo suyo, el menor de sus hijos del segundo matrimonio, fue también Presidente de la República en 1933, a la caída del Gobierno del General Machado, pero fue Presidente sólo unos días, fue depuesto por el primer golpe militar de Batista, el 4 de septiembre de 1933. Por parte materna también, la familia García-Menocal es una familia de larga historia en Cuba; participaron muy activamente en la vida social y política del país, pero fundamentalmente en Occidente; mi bisabuelo, Gabriel García Menocal, fue el primero que secundó, de forma efectiva, la Guerra de los Diez Años en Occidente. El inició un levantamiento en febrero de 1869 en Jagüey Grande, y llegó a tomar el pueblo e izar la bandera en la Parroquia del pueblo; otros miembros de su familia participaron en la Guerra de los Diez Años y posteriormente también en la Guerra del 95. Uno de los hermanos de mi abuelo fue el Mayor General más joven de la Guerra del 95, Mario García Menocal, que después fue Presidente de la República en dos períodos.

El Padre de la Patria

Realmente por parte de mi familia, tanto de madre como de padre, hay una inserción muy antigua y muy efectiva en la historia de mi país.

P.N.- *El objeto de esta entrevista es dar a conocer algo sobre la historia de la Iglesia en este país. ¿Qué puede decir sobre el inicio del cristianismo en Cuba?*

M.C.M.C.- La situación que encontraron los colonizadores fue muy distinta a la que encontraron en México, Perú y otras zonas de Centro América, donde había una cultura indígena sólida y una población numerosa, como las culturas Maya, Inca o Azteca. En Cuba había una población indígena poco numerosa y con una cultura técnica muy inferior. Por muchas razones, esta población indígena desapareció; quedan algunas huellas que se pueden percibir por la fisonomía, sobre todo en habitantes de la zona oriental del país. Esto hizo que el cristianismo traído por los evangelizadores se dedicara, principalmente, al mantenimiento y desarrollo de la vida cristiana de los propios colonizadores. O sea, que la Iglesia en Cuba estuvo asociada en sus orígenes, más a la población blanca española que a la población indígena, que disminuyó rápidamente. Hubo grupos indígenas que perduraron en las cercanías de La Habana, convertidos al cristianismo, de los cuales queda incluso un recuerdo físico, que es la Ermita del Potosí en Guanabacoa, asociada a un grupo de indios que habitaban la zona todavía a fines del siglo XVII y principios del XVIII, los cuales fomentaron el culto al llamado Cristo del Potosí.

A esto se añadió, desde muy temprano, la presencia africana, los esclavos africanos que llegaron muy pronto a la Isla. Para ellos había, al menos teóricamente, una obligación de evangelizarlos. El Gobierno español consentía la trata de esclavos negros con la obligación, por parte del amo, de evangelizar los esclavos que tuviera. Esto forma parte también de la historia de la Iglesia en Cuba, pues esto va a dejar huellas que llegan hasta nuestros días y que no van a desaparecer de la cultura y de la religiosidad cubanas.

P.N.- *Este primer momento queda entonces con pocos datos...*

M.C.M.C.- Con pocos datos. Sabemos que existe toda una cronología de los Obispos de los siglos XVI y XVII, pero tengamos en cuenta que en esos dos siglos Cuba, para la metrópoli colonial, tuvo poca importancia. Cuba fue una

estación de tránsito hacia el continente, con una población hispana poco numerosa y por tanto, con una Iglesia pequeña, muy pequeña. Y no habían aquí grandes empresas para la explotación del oro y la plata, como en el Continente. El crecimiento de la población en Cuba, tanto española como africana, tuvo lugar en el siglo XVIII con el desarrollo agrícola, empieza a tener entonces mayor importancia para la metrópoli y esto trajo un desarrollo poblacional, un desarrollo económico y por lo tanto, también, un incremento en la vida de la Iglesia.

P.N.- Con este desarrollo de la sociedad colonial se incrementan también las obras sociales. ¿Qué papel tuvieron los Obispos en el fomento de estas obras sociales?

M.C.M.C.- Sí, pero antes una aclaración, que no hice al responder la pregunta anterior.

Aunque aquí no hubo grandes empresas auríferas, o productoras de plata u otros objetos preciosos, sí hubo una empresa metalúrgica importante en El Cobre, que en su tiempo -hablo del siglo XVII- fue, probablemente, la mina de cobre a cielo abierto más importante del mundo. Este pueblo, que tuvo esa importancia económica para la colonia, va a tener también una gran importancia religiosa, puesto que va a estar asociado, desde entonces, a la advocación a la Virgen de la Caridad, Patrona de Cuba, que incluso en lenguaje popular se le llama Virgen del Cobre, porque allí se levanta su Santuario. Pero además, socialmente tiene importancia porque en ese pueblo tuvo lugar, por decreto de la monarquía española, el primer establecimiento de negros libres en Cuba; los mineros de El Cobre fueron decretados libres, y era un pueblo de negros libertos que trabajaban como obreros en la mina de El Cobre. En esto tuvo mucho que ver la Iglesia.

Ahora, sobre la importancia de los Obispos de la época, es evidente, que en un momento en el que no había gran interés político ni económico en el país, los personajes civiles que venían a Cuba en los siglos XVI y XVII no eran de primera categoría, aunque fuera personas buenas, pero no ocupaban en el rango del gobierno colonial una gran importancia, la gran importancia estaba en México, Perú y otros sitios. Pero los Obispos que venían en estos tiempos sí fueron hombres que vivían aquí y tenían crédito en la Metrópoli, y creo que no es exagerado decir que, en esa época, tuvieron una mayor influencia social los obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas, asociados a la vida activa de la Iglesia, que muchos personajes civiles. Porque la Iglesia era una institución estable, aunque hubiese pocos habitantes en el país, y mantuvo una gran preocupación por atender a esos habitantes de la mejor forma posible.

Creo que los obispos de la época, en general, los podemos señalar como agentes de estabilidad en el país. Y podemos ver a la Iglesia como la institución que, desde entonces, va a acompañar toda la historia de nuestro país hasta nuestros días con raíces, con propósitos de enraizarse.

P.N.- ¿Hasta dónde llegaban esas obras sociales?

M.C.M.C.- Bueno, en aquella época -y Cuba no era una excepción- lo normal era que eso que llamamos hoy obras sociales, como la atención a niños desamparados, hospitales, etc., estaban en manos de la Iglesia. El hospital más antiguo que recordamos es el Hospital de San Juan de Dios, y fue establecido en el siglo XVII. Se fundaron también pequeñas escuelas y seminarios en La Habana y Santiago de Cuba, hospitales grandes y pequeños; todo esto establecido, mantenido y alentado por la Iglesia.

Pero, insisto, no quiero darle a esto un grado de excepcionalidad que no tuvo. Era una preocupación normal de la Iglesia tener a su cargo realidades de las que el gobierno colonial no se sentía responsable y las veía como tarea de la Iglesia.

P.N.- ¿Cómo se sostenían económicamente estas obras?

M.C.M.C.- Los que podían, pagaban, pero las había gratuitas, mantenidas por la Iglesia, o más bien por personas que sí tenían los recursos y contribuían para ayudar a aquellos que no los tenían. En el Seminario de San Carlos en La Habana, y de San Basilio en Santiago, habían alumnos que pagaban sus estudios y otros que recibían becas, y eran becados que permanecían allí gracias a algunas familias que colaboraban.

En ese sentido, la Iglesia, desde muy antiguo funciona así. Y funcionó así en Cuba mientras tuvo posibilidades de mantener este tipo de instituciones, servía como depositaria de las ayudas de personas con recursos para servir a los que no tenían, ya fuera para los Asilos de Ancianos, Hospitales o casas de estudio.

P.N.- ¿Qué opinión le merece a Ud. el Seminario de San Carlos en este período inicial y en los años posteriores de la historia nacional?

M.C.M.C.- En sus comienzos, estaba sólo bajo el patrocinio de San Ambrosio y se levantaba en el edificio que actualmente ocupa la Casa del Arabe, cerca de la Plaza de Armas y, desde sus inicios, era un colegio-seminario. O sea, allí estudiaban los que aspiraban a ser sacerdotes y estudiaban también otros jóvenes habaneros; éstos últimos realizaban estudios de tipo clásico, humanista, como era común en la época. Pero en ese tiempo, siglo XVII y principios del XVIII, el Seminario fue una pequeña institución.

El Seminario cobra importancia cultural en la vida del país a partir del siglo XVIII, cuando se traslada a su sede actual junto a la Catedral de La Habana, en el antiguo colegio que los padres jesuitas tenían en ese sitio. Adquiere entonces el nombre de San Carlos y San Ambrosio, anteponiendo el de San Carlos al de San Ambrosio que ya tenía, en homenaje no solamente a San Carlos, el Obispo de Milán, sino porque el Rey de España, que entonces era Carlos III, fue quien dispuso el traslado, y que el antiguo colegio de los jesuitas, que habían sido expulsados de España y sus colonias, fuese ocupado por la Diócesis como Seminario ampliado, puesto que ya el de San Ambrosio resultaba insuficiente. A partir de esta fecha, el Seminario llegó a ser el centro de formación intelectual más importante del país, más importante incluso que la Universidad de La Habana, que también estaba en manos de la Iglesia, que dependía de los padres dominicos. En el primer tercio del siglo XIX, el Seminario llegó a ser una institución más moderna, más abierta que la Universidad, por ello fue más importante en la vida cultural, y llegó a tener incluso más alumnos laicos que clérigos. Los estudios de Filosofía y Derecho tenían carácter de modernidad, más abiertos a las corrientes contemporáneas de la época.

P.N.- ¿La influencia del Seminario en la formación de sus educandos, pudo conducir a éstos a desear la independencia?

M.C.M.C.- Sí, pero yo no hablaría en sentido exclusivista. Yo no creo que por ensalzar al Seminario, y por destacar su

importancia cultural y su importancia en la formación de la conciencia nacional, debamos excluir que esta conciencia se fue desarrollando también por otros caminos, y no solamente por medio de las "elites" intelectuales del país. Quizás estos intelectuales, profesionales, laicos y sacerdotes, contribuyeron de forma decisiva; y cito a Félix Varela y lo que él significó para más de una generación de cubanos. Pero creo que por otros caminos se fue gestando esta conciencia nacional.

P.N.- El Padre Félix Varela es el primero en proponer la independencia de España, ¿en qué condiciones hace esta propuesta?

M.C.M.C.- El Padre Félix Varela, como otros tantos, no pensaba desde un inicio en la independencia, sino en una mayor autonomía.

De hecho, cuando él fue elegido Diputado a las Cortes y marcha a España, su política es autónoma. Pero, ante el fracaso de las Cortes, la restauración de la monarquía con Fernando VII y el absolutismo de la monarquía española, etc., cambia su proyecto, pierde la esperanza de que, por el autonomismo, se llegue a soluciones válidas y estables para Cuba. Entonces empieza a hablar de independencia política de España, algo que no ve como una posibilidad inmediata. Y siempre subrayo esto cuando hablo del Padre Varela, porque reconoce que el camino está en la independencia pero reconoce también que no es obtenible inmediatamente, y que hay que crear las condiciones para realizarla.

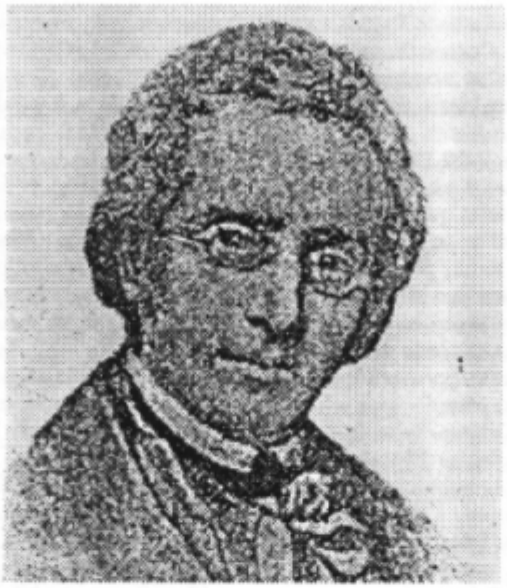
Y para ello se dedica a educar las mentes de los cubanos en orden a la independencia, que todavía no era un proyecto que dominara entre los cubanos. Creo que es propósito está por detrás de su iniciativa de fundar el periódico *"El Habanero"*, y por detrás de su iniciativa de escribir las *"Cartas a Elpidio"*.

P.N.- ¿Esa posición del Padre Varela era entendida por el resto del clero en plena época colonial?

M.C.M.C.- No hay encuesta sobre los sacerdotes de esa época, pero la mayoría eran ya criollos. La mayoría no pensaba en independencia, sino en autonomía. Sólo una minoría, también entre los laicos, pensaba en independencia a principios del siglo XIX.

P.N.- Al fracasar su misión en las Cortes ya no volvió más a Cuba, ¿por qué?

M.C.M.C.- No regresa a Cuba porque fue condenado a muerte por Fernando VII; pudo salvar el pellejo porque huyó hacia Estados Unidos pasando por el Peñón de Gibraltar, en España. Se estableció en Nueva York y nunca más regresó a Cuba. Uno se pregunta ¿por qué?, porque pienso que al igual que otros regresaron, en un momento de mayor flexibilidad del Gobierno español, él pudo hacerlo. ¿Por qué no regresó? Es una pregunta que no tiene respuesta clara; pienso que una hipótesis posible es que el Padre Varela entendió que podía hacer más por la formación de los cubanos, en orden a la independencia, desde el extranjero que viniendo a Cuba, donde hubiera tenido que respetar las reglas del juego de los que gobernaban en Cuba, fuese o no sacerdote, a lo sumo hablar de un cierto autonomismo y mejora en las condiciones del país, pero no de independencia. Permaneciendo en Nueva York podía mantener esas ideas en sus publicaciones, en sus contactos personales con los cubanos que pasaban por Nueva York, y epistolares con muchos de sus antiguos alumnos del Seminario.



Padre Félix Varela

Además, creo que llegó a vincularse mucho, pastoralmente, con la Diócesis de Nueva York. Piensa que en La Habana se dedicó exclusivamente a la enseñanza desde que se ordenó sacerdote, no tuvo otro tipo de ministerio; apenas llegó a Nueva York se ocupó de los inmigrantes, que eran numerosos, su Parroquia de "La Transfiguración del Señor" estaba junto al puerto, y él era el párroco de los inmigrantes, polacos, suecos, alemanes, irlandeses, etc., que llegaban por miles en aquel período. El tuvo una acción social muy importante con los inmigrantes, con las familias de los inmigrantes, especialmente con los jóvenes y las jóvenes inmigrantes. Además de su tarea intelectual en el seno de la Iglesia Católica en Estados Unidos, que nacía prácticamente entonces, él fue Vicario General de la Diócesis de Nueva York y párroco de "La Transfiguración", y fue el Asesor Teológico -y en general intelectual- de la incipiente Conferencia de Obispos Católicos de Estados Unidos.

P.N.- Después del período floreciente del Seminario, bajo el episcopado del Obispo Espada, ¿se puede hablar de de un período de crisis en la Iglesia?

M.C.M.C.- Es común hablar de su patrocinio sobre el Seminario y su apertura en el terreno intelectual. Creo que es muy evidente su protección a las obras sociales. Recuerda como dato curioso, que en aquella época, cuando él hacía visita pastoral en su Diócesis, que entonces la Diócesis de La Habana comprendía desde el Cabo de San Antonio hasta el actual pueblo de Jatibonico, iba con el sacerdote secretario y el médico que vacunaba e imponía la vacuna a sus feligreses, como imponía el bautismo y el matrimonio por la Iglesia. O sea, tenía una preocupación social grande, y fue un gran sostenedor de la labor del médico más famoso de Cuba en aquel período, Don Tomás Romay.

Yo no sé si la palabra más adecuada que calificaría el período del episcopado en Cuba, después de la muerte de Espada, sería crisis, una palabra que en general tiene un tono peyorativo, en el lenguaje común de las personas. Pero sí, es cierto, que aquí en Occidente -no me referiré a la zona Oriental del país- los Obispos posteriores a Espada fueron, algunos de ellos, personalidades muy notables, pero el marco había cambiado.

P.N.- ¿A qué se debió este cambio?

M.C.M.C.- Estos Obispos que siguieron a Espada fueron propuestos con sumo cuidado por la Corona Española, con relación a sus ideas políticas. Cuando se nombra al Obispo Espada no había tenido lugar la independencia de las colonias en el Sur y Centro América, pero a su muerte ya las colonias del Sur eran independientes, y por la ley del Patronato Regio, Roma nombraba obispos en las colonias a partir de una terna presentada por la Corona. Para las colonias que le quedaban en América -Cuba y Puerto Rico, y Filipinas en Asia- la Corona tuvo mucho cuidado de elegir para su terna, personas de cuyo ideario político se sintiera segura, sujetos con ideas de apoyo a la colonia, no independentistas; que pudiesen ser renovadores hasta cierto punto, pero nada más que hasta cierto punto. De ahí que, aunque fuesen algunos de ellos grandes personalidades, con gran preocupación social, o con gran sentido evangelizador como -San Antonio María Claret, en Oriente- se tenía cuidado que sus ideas no fuesen independentistas ni liberales. Desde 1830, hasta el fin del período colonial, hubo obispos que no simpatizaban con la causa independentista. Lo cual no quiere decir que sea crisis para la vida de la Iglesia, porque fueron obispos que, por otra parte, tuvieron una gran preocupación social y apostólica, realmente evangelizadora.

P.N.- Llegamos a la etapa independentista, con un episcopado que no era independentista. En medio de la guerra ¿cómo actúa la Iglesia?

M.C.M.C.- Es bueno señalar que, aunque los obispos no tenían ideas independentistas, tampoco sostenían los abusos de los gobernantes coloniales en Cuba. Recuerdo una carta del Obispo Antonio María Claret al Capitán General de la Isla, en la que le decía que la causa de que hubiera cubanos con ideas independentistas era precisamente el mal gobierno colonial en Cuba; había tantos abusos, tanta deshonestidad, etc., que era normal que los cubanos se quisieran rebelar contra el Gobierno español.

Los obispos no fueron, ni en la guerra del 68, ni en la del 95, amigos de la independencia, pero tampoco fueron amigos de los abusos. Por parte de los sacerdotes, tanto entre los criollos como entre los españoles establecidos en Cuba, hubo -en número representativo- simpatía por la guerra independentista y algunos participaron de manera muy activa; algunos fueron deportados y otros sufrieron procesos judiciales e incluso algunos, fueron fusilados. En el caso de Carlos Manuel de Céspedes, cuando toma la Ciudad de Bayamo, su primer acto fue participar en un Te Deum en la Parroquia, donde estaba el Padre Batista, que era amante de la independencia y excelente amigo de Carlos Manuel, de Francisco Vicente Aguilera y de otros patriotas de esa guerra. O sea, no se puede ser simplista a la hora de juzgar a la Iglesia en ese período de treinta años, que va desde 1868 hasta 1898. Algunos obispos, incluso, protegieron a independentistas. El caso típico es el del Obispo Santander, enemigo acérrimo de las ideas independentistas que, sin embargo, protegió e intercedió por más de un independentista, incluidos sacerdotes comprometidos con esta causa.

P.N.- Ya por esa fecha hay una figura religiosa vinculada con aquellos que defendían las causas independentistas, la Virgen de la Caridad y su devoción popular. ¿Qué puede decir sobre esto?

M.C.M.C.- No se debe ceñir únicamente la devoción a la Virgen de la Caridad a los movimientos independentistas, ni siquiera a la mentalidad de los criollos independentistas. La devoción a la Caridad estaba muy extendida en la zona oriental del país, muy poco en la occidental, piensa que en los años iniciales de la República no había en Occidente ningún templo dedicado a la Virgen de la Caridad, la actual Parroquia de la Caridad en La Habana fue, en sus inicios, dedicada a la Virgen de Guadalupe, y después de la República se cambió su advocación por Nuestra Señora de la Caridad.

La devoción a Nuestra Señora de la Caridad estaba extendida tanto entre los criollos como entre los españoles, y es anterior a las guerras de independencia. Cuando se inicia la guerra del 68 -y en el 95 ocurrió lo mismo- la mayor parte de los participantes son orientales y por tanto, para ellos, la devoción a la Virgen es la devoción a la Virgen de la Caridad, y el pendón que se llevan los mambises a los campos de batalla es el pendón de Nuestra Señora de la Caridad; y había imágenes de la Caridad en los campamentos mambises; además de que tuvieran sus cadenas con la medallita; el propio Carlos Manuel tenía una a la que hace referencia en una de sus cartas a su esposa, Ana de Quesada. Pero también entre los españoles estaba extendida la devoción a la Virgen de la Caridad, que es originaria de Castilla. El caso extremo del que casi nunca hablamos los cubanos, pero que a mi no me gusta soslayarlo, es que el Cuerpo de Voluntarios Españoles de La Habana, probablemente el cuerpo español más abominado por los independentistas cubanos, pidió al Obispo Santander que les nombrara como Patrona a la Virgen de la Caridad. La misma figura estuvo asociada a unos y a otros aunque, en general, los españoles preferían la advocación a la Inmaculada Concepción y a Nuestra Señora del Carmen.

P.N.- Una vez concluido el siglo XIX, concluye la guerra. ¿Cómo mira la Iglesia este nuevo siglo que comienza con la independencia y, además, con una intervención norteamericana?

M.C.M.C.- Cuando comienza la intervención norteamericana se da un distanciamiento con las autoridades de la Iglesia, que eran sólo dos obispos, uno en La Habana y otro en Santiago de Cuba. Los interventores norteamericanos no eran católicos, eran protestantes y masones en su mayoría, y tenían las ideas norteamericanas laicistas muy interiorizadas. Tanto durante el período de intervención, como en los inicios de la República, por el peso que tuvieron estos interventores en la configuración del estatuto jurídico de la República que nacía, estas ideas laicistas norteamericanas tuvieron un gran peso, y obligaron a la Iglesia Católica en Cuba a un gran esfuerzo, en un nuevo contexto, de reubicación social y político.

P.N.- ¿Podría ser más preciso?

M.C.M.C.- Los obispos de Santiago y La Habana, que habían defendido las ideas coloniales, regresaron a España por consejo de la Iglesia en Roma, que entendía que en la nueva situación no era conveniente que obispos con esa mentalidad continuaran al frente del gobierno pastoral de la Iglesia. Los sacerdotes, tanto los que habían simpatizado con la causa independentista como los españoles que no sentían simpatía por la independencia, se quedaron, al igual que las religiosas, pocos sacerdotes se fueron. Ahora bien, la Iglesia estaba acostumbrada a funcionar en aquel marco estrictamente colonial y español, que le daba a la Iglesia una serie de responsabilidades y tareas sociales; la República abría una situación político-social distinta, una legislatura distinta. Por tanto, la Iglesia tuvo que

adecuarse a esa nueva situación, sin ninguna quiebra para su identidad. Hubo un momento de tránsito, en el que no se veían demasiado claras las cosas, en el que la Santa Sede, creo que con muy buen juicio, nombró obispos que no eran ni cubanos ni españoles, eran italianos o norteamericanos, hasta que la situación se clarificó. Después vino el nombramiento de obispos cubanos, empezando por Monseñor González Estrada en La Habana, continuando por todos los demás que siguieron, que eran sacerdotes cubanos jóvenes, muy jóvenes algunos. Se reabrió el Seminario, que estuvo cerrado durante los años de guerra, y se reabrió sobre bases más modernas, adoptando los planes educacionales oficiales, que estaban inspirados en el sistema norteamericano de educación. Piensa que toda la educación en Cuba quedó organizada por un equipo de especialistas en educación procedentes de la Universidad de Harvard, que se consideraba entonces la más avanzada en materia pedagógica. De ahí que el sistema público educacional en Cuba, incluso el plan de estudios, fuera avanzadísimo con respecto al resto de América.

P.N.- Internacionalmente, en las primeras décadas de este siglo que fueron de grandes movimientos sociales, la Iglesia se caracterizó por una creciente proyección social, y con un laicado muy activo en este sentido. ¿Qué sucede en Cuba con el laicado?

M.C.M.C.- A partir de los inicios de la República empieza a haber, cada vez más, católicos presentes en la acción social y política del país. Con una gran libertad pluralista de criterios. La Iglesia en Cuba nunca tuvo, ni en aquella etapa primera de la República, ni después, un partido con el cual se le identificase, ni oficial ni oficiosamente. O sea, había católicos laicos en los diferentes partidos políticos; laicos que realizaban su vocación en la vida socio-política de acuerdo con la plataforma de su partido, en coherencia con su vocación cristiana. Pero creo que el desarrollo de un laicado cristiano católico, con una conciencia de laico en el seno de la sociedad y de la Iglesia, empieza en Cuba a fines de la década del veinte con la creación de las Juventudes Católicas, con jóvenes provenientes de escuelas católicas del período republicano; y con ellos, el Hermano Victorino de La Salle, religioso francés; el entonces Vicario General de La Habana que después fue Cardenal, Mons. Arteaga y Betancourt; y otros religiosos y sacerdotes de La Habana. Fueron fundando estos grupos, de los que posteriormente nacería la Acción Católica, y a partir de los cuales se desarrollaría esta conciencia laical que en Cuba llegó a ser muy fuerte. Estos movimientos laicales en Cuba, al momento de producirse el cambio revolucionario de 1959, eran de lo más avanzado de Latinoamérica, no sólo por el número de sus militantes, sino también por sus contenidos de trabajo, la conciencia que formaron, etc.

P.N.- Hace un momento Ud. se refirió al Cardenal Arteaga, ¿por qué un Cardenal en Cuba? ¿Qué representa la figura de un Cardenal?

M.C.M.C.- Yo creo que cuando se nombra al Arzobispo de La Habana, Mons. Manuel Arteaga y Betancourt, Cardenal, inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, en el primer consistorio que tuvo Pío XII para designar cardenales, es precisamente porque en esta zona del Caribe, Centro América y parte norte de América del Sur, la Iglesia más vital, la más desarrollada, era precisamente la Iglesia en Cuba. No había ningún Cardenal en el Caribe, ni en América Central; el más cercano era el de Bogotá. Se escoge al Arzobispo de La Habana porque representaba a un país con el sistema más estable y, al mismo tiempo, un país cuya Iglesia parecía más articulada, con un mayor desarrollo no sólo del laicado, sino de todo un sistema educacional y de asistencia social que incluso hoy, cuarenta y cinco años después de aquello, algunos países de América no lo tienen todavía como lo tuvo Cuba, allá en los años cuarenta.

P.N.- ¿ Y qué significa ser Cardenal?

M.C.M.C.- El Cardenal es un colaborador estrecho del Papa en el gobierno central de la Iglesia. Puede ser un personaje que viva en la Curia Romana y esté relacionado estrechamente con el Papa en trabajos cotidianos al frente de alguna Congregación del Vaticano, o puede ser un Obispo residencial que desarrolla sus tareas pastorales en su país, cuya Iglesia se ve distinguida con la presencia de un Cardenal, que es convocado a Roma cuando el Papa quiere tener la opinión de los Cardenales sobre un asunto. Además, la tarea más importante de los cardenales es la elección de un Pontífice; cuando muere el Papa, los cardenales del mundo entero se reúnen para nombrar un sucesor, y así fue como el Cardenal Arteaga participó en la elección del sucesor de Pío XII, que fue Juan XXIII.

Aclaro que no es necesario, de suyo, ser Obispo para ser Cardenal, pero, de hecho, hoy todos los cardenales son obispos. El Papa puede nombrar Cardenal a un sacerdote y después puede, o no, nombrarlo Obispo. Incluso hasta el siglo XIX hubo cardenales laicos.

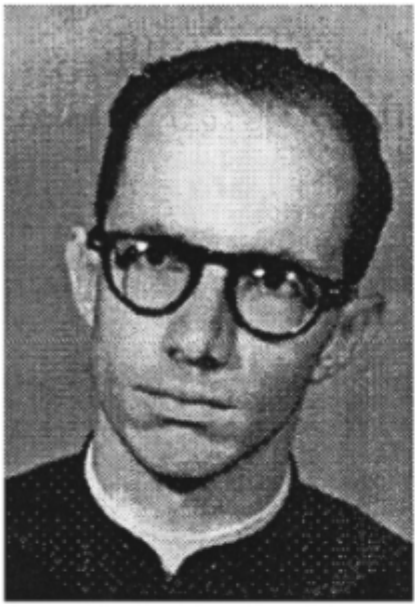
P.N.- ¿Tiene potestad sobre otros obispos?

M.C.M.C.- No, de ningún modo. Si es obispo de una diócesis, tiene jerarquía sobre su diócesis. Por supuesto, en cualquier celebración en que participen todos los Obispos del país el Cardenal ocupa el primer lugar de honor, pero no de jurisdicción; si fuera un Cardenal no Obispo, no tendría ninguna jurisdicción en el gobierno de esa diócesis.

P.N.- Hemos avanzado en el tiempo, y por esa época Ud. participa en la Acción Católica y cursa la carrera de Derecho, carrera que abandona para dedicarse al sacerdocio. Pero Ud. proviene de una familia muy vinculada a las esferas de gobierno en la historia del país, ¿nunca tuvo interés en hacer una carrera política?

M.C.M.C.- A mi me interesaba mucho la carrera de Derecho, me gustaba y me gusta. Me incliné por el sacerdocio pero no ha dejado de gustarme esa carrera. Lo de la vocación política no lo veía muy marcado en mis años universitarios. No sé si en el caso hipotético, en que yo hubiera terminado la carrera de Derecho y hubiera trabajado como abogado en Cuba, si hubiera asumido algún tipo de vocación política; pienso que probablemente sí, creo que por el mismo dinamismo de los acontecimientos, siendo abogado en La Habana en los años cincuenta y sesenta, hubiera participado activamente en la vida política del país.

P.N.- Por estas fechas en que Ud. entra al Seminario, se repite la presencia de Fulgencio Batista en el poder, comienzan los movimientos de descontento y las acciones por eliminar esa dictadura. En estas acciones participan muchos laicos católicos



20 años, entrada al Seminario.

que se oponían al régimen, pero ¿cual era la posición de la jerarquía eclesiástica?

M.C.M.C.- Los Obispos, en aquella época, eran partidarios de una salida política al conflicto que planteó la dictadura de Batista y apoyaron, muy calurosamente, lo que entonces se llamaba el Diálogo Cívico, el diálogo entre los políticos y las instituciones del país para lograr una salida de Batista por la vía no violenta. Incluso estos grupos que integraban el Diálogo Cívico -entre los cuales estaba la Iglesia como un gran sostén-, llegaron a pedir la renuncia de Batista como condición para esta salida, y los Obispos suscribieron esta petición de salida a Batista.

Simultáneamente, habían católicos que no creían en las posibilidades del Diálogo Cívico, y creían que la única vía era la solución de la guerrilla que proponían el "Movimiento 26 de Julio" y el Directorio Estudiantil Universitario. Habían católicos también en la guerrilla, y en determinado momento llegaron a ser tantos, que la propia dirección guerrillera quiso que hubiera sacerdotes capellanes en la Sierra Maestra para atender a los católicos que estaban en la guerrilla. Estos sacerdotes, de los cuales el primero fue el Padre Sardiñas, y llegaron a ser seis o siete, fueron todos con licencia de sus Obispos; o sea, no era el caso del sacerdote guerrillero que va a la guerra en conflicto con sus superiores, ese caso no se dio en Cuba. Yo recuerdo que el Padre Sardiñas, de quien fui gran amigo, me contó tiempo después que cuando quiso ir a la Sierra se lo manifestó aquí al Cardenal Arteaga, y el Cardenal le dijo que le daba las licencias para ir, pero que recordara que la Sierra estaba en territorio de la Diócesis de Santiago de Cuba, y que debía contar con la licencia del Arzobispo de Santiago de Cuba, Mons. Pérez Serantes, y se fue a la Sierra con licencia de los dos Obispos. Había también sacerdotes que tenían opinión negativa respecto al Diálogo Cívico, no solamente laicos, sacerdotes que también estaban en el "Movimiento 26 de Julio" muy activamente. En algunas provincias, el tesorero -que siempre era cargo de mucha confianza- fue un sacerdote. Aquí en La Habana, yo recuerdo por ejemplo al Padre Madrigal, Coadjutor de Mons. Boza Masvidal en la Parroquia de La Caridad, que era un miembro activo del "Movimiento 26 de Julio", y otros sacerdotes, en otras partes del país, también. Hubo sacerdotes capellanes en la Sierra y sacerdotes colaboradores del "Movimiento" en el llano, en la ciudad; y hubo laicos católicos en la Sierra, en el Diálogo Cívico y también en el Gobierno de Batista.

P.N.- Esta presencia de sacerdotes en el movimiento guerrillero, ¿era simplemente un apoyo pastoral o era también una manifestación de simpatía con el Movimiento?

M.C.M.C.- No era un apoyo al Movimiento, pero tampoco un rechazo. Creo que los Obispos y los sacerdotes de la época veían con más simpatía una salida pacífica y no una salida guerrillera, pero se aceptó esta como una vía lícita también, sobre todo en el año 58, ante el fracaso de las gestiones del Diálogo Cívico. Entonces sí hubo un convencimiento muy generalizado de que la única salida era esa, y hubo un apoyo y una simpatía muy grande por parte de la mayoría de los Obispos, los sacerdotes y laicos en todo el país.

P.N.- En 1959 triunfa el movimiento revolucionario, y continuó esa simpatía de la cual Ud. hablaba antes. Aparece la carta "Vida Nueva" de Mons. Pérez Serantes; hay un mensaje del Papa Juan XXIII al Cardenal Arteaga por el fin de la guerra y una donación del mismo Papa de cinco mil pesos para ayudar a los damnificados de esta guerra; muchos católicos ocupan puestos directivos en el nuevo Gobierno. Puede hablarse de una actitud positiva por parte de la Iglesia en esos momentos. ¿Hubo también contactos entre la jerarquía eclesiástica y las nuevas autoridades?

***M.C.M.C.-** Sí, hubo contactos. Yo entonces era seminarista* y en el mismo año 59 me fui a Roma; quizás haya realidades que no conozca, porque son realidades que se manejan con cierta discreción. Pero hubo contactos de Mons. Evelio Díaz con el Dr. Urrutia, entonces Presidente, y con el Comandante Fidel Castro; y hubo contactos también en Oriente de Mons. Pérez Serantes con Raúl Castro y otros jefes de la Revolución. Sí hubo contactos. Y creo que la actitud positiva es la que califica la actitud general de la Iglesia, de Obispos, sacerdotes y laicos en al año 59. Ya venía esta actitud positiva, en favor de los cambios desde antes, primero por una vía concertada y luego, ante el fracaso de la concertación, por la vía de la guerrilla. En el año 59, una vez que Batista renuncia y se establece el Gobierno Revolucionario, la actitud del pueblo cubano, en general, fue positiva, y esta fue la actitud de una Iglesia insertada en el pueblo.

Esa expresión de Mons. Pérez Serantes, "Vida Nueva", es una expresión que estaba en boca de todos los cubanos, "iniciamos una vida nueva". Y nadie podía augurar en ese momento, que iban a llegar los conflictos que tuvieron lugar después.

P.N.- Llega un momento en que este ambiente de contactos y de actitud positiva se quiebra. ¿Cuál fue el detonante? ¿Qué hecho propició este rompimiento?

M.C.M.C.- Si se puede hablar de detonante, el primer signo público, de un cierto conflicto como para tener en cuenta, fue una Carta Pastoral colectiva de los Obispos cubanos en agosto de 1960. En ella los Obispos felicitan al Gobierno por los logros del momento, como la Reforma Agraria, la Reforma Urbana, la atención a los desposeídos, etc., pero al mismo tiempo, ven con preocupación la presencia creciente de marxistas en el Gobierno, incluso el desplazamiento de cristianos conocidos, con posiciones más o menos importantes en el Gobierno. La reacción del Gobierno contra los Obispos fue muy violenta. Curiosamente violenta, porque consideraban que era una calumnia que los calificasen de marxistas, que ellos no eran

marxistas y calificarlos como tales era calumnioso, y de algún modo era hacerle el juego al Gobierno de Norteamérica, que basaba su propaganda contra Cuba sobre la base de decir que había un Gobierno que se orientaba hacia el marxismo. Esta reacción violenta se repitió después, en diciembre del mismo año 1960, con ocasión de una Carta Abierta de los Obispos al Dr. Fidel Castro, donde reiteran sus preocupaciones, puesto que después de la Pastoral de agosto no habían visto ningún cambio de actitud, sino que esa actitud se sostuvo y se incrementó, o sea, el crecimiento de una presencia marxista en el Gobierno, y el decrecimiento de una actitud no marxista, cristiana o no cristiana.

Eso hace crisis cuando la invasión de Playa Girón, que no fue un movimiento creado ni apoyado por la Iglesia, pero muchos de los que vinieron eran católicos, y venían cuatro sacerdotes como capellanes. Esto molestó enormemente al Gobierno, que identificó -yo creo que exagerando las cosas- la Iglesia con el movimiento de Playa Girón y con la contrarrevolución. Fue un detonante para la radicalización de la Revolución en general. A partir de ahí ocurrieron la nacionalización de la enseñanza y otras medidas que dispararon las malas relaciones con la Iglesia que, de hecho, no están del todo subsanadas.

P.N.- Ud. regresa en el año 1963, y pasa a ser Prefecto de Disciplina en el Seminario "El Buen Pastor", donde había estudiado antes de irse a Roma, y en este puesto permaneció hasta el año 1966. De 1966 a 1970 fue Rector del Seminario "San Carlos y San Ambrosio", esto tiene que ver con lo que Ud. comentaba antes sobre la nacionalización de la enseñanza...

M.C.M.C.- La nacionalización de 1961 fue a las escuelas católicas, no al Seminario "El Buen Pastor", que continuó funcionando hasta 1966.

P.N.- ¿Qué sucedió con el Seminario?

M.C.M.C.- En el año 1966 fue nacionalizado el edificio de "El Buen Pastor". Fue expropiado por el Gobierno, con el pago de una cantidad minúscula. La razón que se dio para expropiar el Seminario fue instalar allí una Unidad Militar para la defensa de la zona oeste de La Habana, puesto que en aquella zona se habían instalado ya edificaciones militares, arsenales, etc., para la defensa del oeste de La Habana, y el Seminario entraba en esos terrenos. Esa fue la razón que comunicaron a la Iglesia para la expropiación forzosa. La Iglesia no deseaba esa expropiación, las instalaciones de "El Buen Pastor" eran muy superiores a las de "San Carlos", con terrenos para deportes, edificios construidos en los años cuarenta con criterios más modernos, etc., pero no tuvimos alternativa.

P.N.- ¿Desde el primer momento se habló de una expropiación definitiva?

M.C.M.C.- Así se presentó, y se nos dieron quince días para salir del Seminario. Podíamos llevarnos los muebles, los libros, pero el edificio había que dejarlo en quince días.

P.N.- A principios de los años sesenta se da otra situación, la salida de más de un centenar de sacerdotes y un Obispo en el Vapor "Covadonga". ¿A qué se debió esto?

M.C.M.C.- Creo que decir que *salen* es un eufemismo por parte tuya, fueron expulsados de Cuba, que es otra cosa. Entre ellos había canadienses, españoles y cubanos, entre estos últimos Mons. Boza Masvidal, Obispo Auxiliar de La Habana, que había sido Rector de la Universidad Católica mientras esta funcionó, hasta mayo de 1961.

Yo nunca he tenido una respuesta razonable para esa pregunta, porque uno, a priori, podría pensar: "Bueno, van a expulsar sacerdotes de Cuba; serán sacerdotes comprometidos en una acción contrarrevolucionaria, o son muy exitosos pastoralmente y se quiere de algún modo disminuir la actividad pastoral de la Iglesia, etc.", pero cuando uno ve los nombres de los sacerdotes expulsados se encuentra con todo. Sacerdotes que, quizás, participaron en acciones políticas, o permitieron encuentros de grupos en sus comunidades, no lo puedo asegurar; pueden estar incluidos también sacerdotes exitosos pastoralmente; pero había también sacerdotes ancianos, incluso limitados pastoralmente, como el caso de un sacerdote que tenía una pierna cortada, que ni siquiera celebraba misa en público, y fue uno de los expulsados. El criterio por el cual se elaboró esa lista yo nunca lo he conocido y nadie me ha podido dar una respuesta que me satisfaga. De ellos algunos regresaron; cuando el barco llegó a España, ante una protesta del Gobierno del Canadá por la expulsión, que no parecía razonable, los canadienses se encontraron con la noticia de que podían regresar y regresaron. Después, poco a poco, algunos españoles, y algunos cubanos, regresaron; entre ellos Francisco Oves, quien regresó en el año 65 y con el tiempo llegó a ser Arzobispo de La Habana.

P.N.- Por esas fechas se dio también un hecho significativo, la detención del sacerdote franciscano Miguel Angel Loredo.

M.C.M.C.- Eso fue después del "Covadonga", casi contemporáneamente con la expropiación del Seminario, exactamente el 11 de abril de 1966, en los mismos días que se estaba empezando a tratar la expropiación del Seminario, que tuvimos que abandonar el 15 de mayo. El 11 de abril ocurrió la detención del Padre Loredo en el Convento de San Francisco, aquí en La Habana.

Roma, 1986. Con el Padre Loredo.

Se le vinculó con lo que se llamó entonces "el caso Betancourt", un señor que trató de secuestrar un avión hacia Estados Unidos y, al fracasar, dio muerte al Piloto y creo que al Ingeniero de Vuelos también, no recuerdo exactamente. Betancourt fue detenido, procesado y fusilado posteriormente, y se dijo que el Padre Loredo había escondido en el Convento de San Francisco a Betancourt, cosa que el Padre, y el propio Betancourt, niegan en el juicio. El Padre Loredo incluso ha dado una larga entrevista, que se ha publicado en

forma de libro, y en ella el Padre da su versión personal de los hechos y niega haber escondido, en ningún momento, a Betancourt en el Convento de San Francisco.

P.N.- Pero sí fue sancionado...

M.C.M.C.- Fue sancionado a quince años y cumplió diez, de 1966 a 1976. A su salida de la prisión trabajó pastoralmente en La Habana, en la zona de Lawton, hasta 1984, año en que sale del país.

P.N.- En este período de diez años en que el sacerdote Miguel Angel Loredo guarda prisión, ¿la Iglesia pudo mantener contactos con él?

M.C.M.C.- Muy difícilmente. Sólo una vez se autorizó al que entonces era Obispo Auxiliar de La Habana, Mons. Azcárate, a que lo visitara. En el momento del juicio sólo pudo asistir el Encargado de Negocios de la Santa Sede, Mons. Zachi, que después tampoco pudo visitarlo en prisión. Su familia sí, y a través de ella sabíamos de él, y le enviábamos nuestro mensaje de apoyo y cariño, pero nunca lo pudimos visitar.

P.N.- Ya en los años setenta Ud. es Director del Secretariado de la Conferencia Episcopal Cubana, hoy Conferencia de Obispos Católicos de Cuba. Entonces era ya un hecho consumado la institucionalización del Gobierno marxista que en la década anterior la Iglesia había previsto. ¿Cómo es el trabajo de la Iglesia a partir de ese período?

M.C.M.C.- A partir del 70, la Iglesia trata de mantener su misión evangelizadora por los medios que tiene a su disposición. Evidentemente, si en los años cincuenta podía apoyar su acción evangelizadora en las organizaciones católicas, en las instituciones sociales y educacionales, ya hoy no las tiene, o las tiene en una dimensión mucho más reducida. Las acciones sociales de la Iglesia se han visto reducidas a un pequeño grupo de asilos para ancianos y un Hospital Psiquiátrico, y esto solamente en La Habana. O sea, desde los años sesenta hasta los noventa, la acción evangelizadora de la Iglesia se realiza, casi exclusivamente, a partir de la Parroquia, con el mínimo de organizaciones laicales con que cuenta, haciendo presente el Evangelio por la palabra y por el testimonio.

P.N.- ¿Qué sucede a partir de entonces con las relaciones Iglesia-Estado? ¿Han desaparecido las tensiones?

M.C.M.C.- Yo creo que las tensiones nunca han desaparecido del todo, pero evidentemente no son ya del calor que tuvieron en los años sesenta. Creo que a partir del año 1969, con las dos Cartas Pastorales de los Obispos en abril y septiembre de ese año acerca de la inserción de la Iglesia en la nueva situación social generada por la Revolución, con un régimen socialista, cambia un poco el clima. De un enfrentamiento, una confrontación, se fue pasando a un diálogo, a una búsqueda de concertación de voluntades que nunca ha sido perfecta, y en eso estamos.

P.N.- ¿Ha continuado el diálogo?

M.C.M.C.- Sí, aunque con nuevas dificultades, después de las manifestaciones del Dr. Fidel Castro en Brasil, en el verano de 1990, tan críticas con relación a los Obispos. Pero esa actitud de diálogo es una actitud sostenida por parte de la Iglesia, una actitud irrenunciable.

La Iglesia siempre debe estar dispuesta al diálogo con todo el mundo, y a resolver cualquier dificultad de tensión por las vías del diálogo, no por la confrontación violenta.

P.N.- Tomo una frase del Documento Final del ENEC, la cual habla sobre la "acción de la Iglesia Católica en la formación de la memoria nacional" de este país. ¿Quisiera comentar algo sobre esto?

M.C.M.C.- No cabe dudas que la Iglesia es la única institución que ha estado presente en nuestros cinco siglos de historia. Ninguna otra institución ha acompañado al pueblo, con luces y con sombras, con aciertos y con errores, durante cinco siglos. Por tanto, en la formación de la memoria comunitaria del pueblo cubano, en la formación de la conciencia de nación, no se puede prescindir de la Iglesia; y vuelvo a repetir, con sus luces y sus sombras, pero no se debe, y no se puede, olvidar lo que esta presencia ha significado y significa.

P.N.- Una última pregunta. En la difícil situación actual, ¿cuál es la misión de la Iglesia?

M.C.M.C.- No me cabe dudas de que se trata de una situación muy difícil en casi todos los terrenos, no solamente en el económico que es el tópico más inmediato. Algunos analistas, cubanos y extranjeros, opinan que es el momento más difícil de toda la historia de nuestro pueblo. La Iglesia Católica en Cuba, ahora como siempre en estos cinco siglos, está presente tratando de servir evangelizando, lo cual incluye, por supuesto, la presencia sacramental y la proclamación de la Palabra de Dios, contextuada socialmente. Pero incluye también la irrenunciable misión caritativa: ayuda material según sus posibilidades, apoyo moral, consuelo, educación y sostén en la vivencia de valores que tienden a diluirse cuando las carencias materiales son extremas y pueden conducir a la desesperación y a la búsqueda de soluciones falsas. Personalmente, tengo una gran confianza en la capacidad de recuperación de nuestro pueblo y de nuestra Iglesia insertada en él. Me parece que no se trata simplemente de un buen deseo. Históricamente, nuestro pueblo, integralmente considerado, y la Iglesia, o sea, su porción católica, han sido capaces de recuperarse, de rehacerse, en períodos relativamente breves, después de las diversas coyunturas difíciles que hemos vivido. Nuestra Iglesia, custodia de la memoria de nuestro pueblo, no puede dejar de mantener vigente la esperanza: sustentada en la ayuda de Dios y en la confianza en nuestras propias capacidades. Que estas dos palabras, esperanza y confianza, unidas a su consecuencia, la serenidad, pongan punto final a nuestra conversación.

P.N.- Muchas gracias, Monseñor Carlos Manuel de Céspedes.

M.C.M.C.- Gracias a ti, por querer conocer mi punto de vista sobre estas cuestiones.

A nuestros lectores:

Si usted considera tener algún trabajo escrito que pueda ser de interés público, puede enviarlo a nuestra redacción en el Arzobispado de La Habana

Consejo de Redacción:
Director:
Orlando Márquez
Miembros:
Mons. Carlos Manuel de Céspedes
Pbro. Ramón Suárez Polcari
Dr. Juan José Rodríguez

Los trabajos publicados reflejan la opinión del autor y no necesariamente la de esta publicación.

"Palabra Nueva" es una publicación del Departamento de Medios de Comunicación Social de la Arquidiócesis de La Habana
Habana # 152 esq. Chacón, C.P. 10100.